



Elogio de la gozadera. En homenaje a Mario Gaviria



POR **Ion Martínez Lorea**

Se nos acaba de marchar Mario. Increíble. El tío Mario. El que decía que aunque no le creyéramos era inmortal. El que alardeaba de jubilado hiperactivo y como tal ejercía. Del que sospechábamos captaba la energía de cada nueva generación que le rodeaba para mantenerse en plena forma mental, a pesar incluso de la maldita enfermedad que lo ha hecho preso de un cuerpo en retirada durante los últimos años y que, solo muy al final, empezaba a hacer mella en su humor y en su ánimo. Con todo, él no dejaba de pedir más. Dos meses pedía ahora en el hospital para acabar su último trabajo, escrito a cuatro manos con Jorge Dorado. Yo le hubiera robado unos meses más para unos cuantos proyectos que teníamos pendientes de encaminar y cerrar. Resulta difícil hablar de Mario pues tiene uno la sensación de que todo el mundo sabía de él y de un modo u otro lo había tratado. Quién no habrá pasado por una charla o conferencia suya, quién no ha leído un artículo o una entrevista a cual más provocador, ingenioso y desconcertante, quién no lo recuerda liderando el movimiento antinuclear, quién no cuenta con un ejemplar de su *Espacio de la fiesta y la subversión* (con García Tabuenca y Tuñón) o de la maravillosa *Guía municipal de Pamplona-Iruña* del año 1985 con *pamplonesa congelada* incluida e invitación a los visitantes sanfermineros a aprovechar los bellos parques de la ciudad para pernoctar, quién no ha formado parte de los multitudinarios equipos de trabajo en sus innumerables proyectos, quién no ha gozado o padecido su docencia en la UPNA, quién no ha sido enviado por sus padres y madres para ver si el tío Mario podía hacer algo con el chico o la chica que no había tenido mejor ocurrencia que estudiar Sociología

o Trabajo Social o que simplemente no hacía carrera ni en la universidad ni en la vida, y, finalmente, quién no ha sido *captado* de la forma más peregrina por el propio Mario para incorporarlo a su penúltima *elucubración*. Por ello, mucho de lo dicho sonará a lugar común o, de un modo más cálido, a memoria compartida de las experiencias vividas por tanta gente con una persona inmensa. De un carisma gigante, de una generosidad desbordante, de una mala leche al mismo nivel, con una exigencia de trabajo muchas veces agotadora y, sobre todo, con unas ganas de gozar de la vida que contagiaba a cada paso. Esto a pesar de que su "hipocondría selectiva" le hacía ver peligros por doquier que sus acompañantes padecían en silencio: no pongas el coche a más de 80 km/h, no comas de esto, no bebas más de aquello, no dejes sola a la niña por allí. La salud siempre era un tema recurrente y, por eso, solía recordar cómo su incapacidad para ingerir alcohol en exceso le ayudó a no caer círrótico como muchos amigos de la época. Sin embargo, como buen gozador, Mario sabía pasarse sus propias restricciones y miedos por el Arco del Triunfo y hacer permanentes excepciones a la norma vinculando su principal dedicación, la investigación social (cómo no, desde el "análisis concreto de la realidad concreta"), al que era su mayor placer: el disfrute de reunirse, de estar juntos, el gozo de comer, beber y cantar en compañía, contagiando y captando la alegría de los demás. "¿Qué bonito, no?!", solía decir cuando se le ponía cara de niño asombrado ante algo que le hacía disfrutar. El sexo, por supuesto, no estuvo ausente de sus disfrutes, aunque quizá lo fuera en la modalidad autóctona que él había detectado: "Trago largo y coito corto". En Navarra, afirmaba, no hemos dejado la fase oral, y ello explicaba el gran éxito de las sociedades gastronómicas, las peñas o los almuerzos y las meriendas sanfermineros. Todo pasa por la boca, pero, eso sí, en compañía. El sexo siempre le llevaba a elogiar a Cuba, a destacar sus casi 60 años sin educación religiosa

que habían permitido hacer norma de la desinhibición sexual que, combinada con el baile y el ron, hacían de la isla un modelo de gozadera, de disfrute y de alegría inigualables que habría querido importar (como decía con todo aquello que le interesaba). Aunque Cuba fuera su utopía imperfecta (como todas las utopías que intentan realizarse), su objeto de deseo y desvelos, sobre el que siempre quiso intervenir, estuvo en la Ribera. Lugar que él reivindicaba sobre todo contra los prejuicios que, decía, la solían reducir a tierra de vacas, moscas y calderetes. Sus interminables tablas de "elaboración propia" y "datos aproximados" le llevaban a defender el desarrollo social y económico alcanzado por muchos pueblos de la Ribera sin olvidarse de elementos fundamentales como la calidez de su gente (la virtud de ser acogedora, *rocera* o *xenófila*) y su condición festejante. Él mismo ejercía esa condición en cuanto podía, invitando a sus amigos a la mesa para acabar mezclando tragos, guitarras, jotas y boleros. A pesar de ello, también hacía autocrítica e insistía en la falta de ambición ribera para poner en valor y, por qué no, abrir de verdad a los visitantes espacios extraordinarios, paisajes para el disfrute como las Bardenas Reales, las cuales fueron uno de sus últimos motivos de "elucubración": pensando siempre en el gozo del encuentro con los demás (donde los visitantes debían ejercer un "turismo de inmersión", no solo de paso, y los autóctonos actuarían como guías y anfitriones) o, inspirándose en el oeste americano, diseñando una maravillosa Ruta Paisajística NA-126 a la altura de Buñuel y Cortes, su pueblo. Mario fue un hombre de mundo, pero siempre recordaba su condición de cortesino y navarro. Y a pesar de residir durante el año en Zaragoza y haber viajado y realizado estancias más o menos largas en multitud de lugares (Londres, Estrasburgo, Nancy, Los Ángeles, Madrid, Benidorm-Altea, Tudela, Pamplona...), alardeaba de haber estado empadronado toda su vida en Cortes. Todos los veranos que podía volvía a su pueblo, a esa especie de oasis en la Plaza de la Iglesia,

con jardín, piscina (recordando que le había puesto unos chorritos de agua como los de la Alhambra), olor a jazmín y, cómo no, una inmensa mesa para recibir a decenas de comensales. Cuando tocaba trabajar, el sitio era un antiguo granero convertido en fabuloso estudio completamente blanco con esquinas redondeadas, recordando la arquitectura del sur, donde te retenía durante horas y te sumergía en sus reflexiones. En cualquier caso Mario era enormemente generoso a la hora de escuchar y pensar sobre lo que se le proponía, aunque no lo compartiera. Respetaba las discrepancias y las estimulaba. Te aceptaba y respetaba como interlocutor, de tú a tú. De hecho, cuando no se le hacían comentarios o críticas se enfadaba por sentir que se le seguía la corriente y se le decía a todo amen. Por ello, era un placer su incitación a "pensar lo imposible". Inevitable recordar una frase escuchada infinitas veces: "No te frentes, no te reprimas, di lo que se te está ocurriendo, luego ya descartaremos. Pero no frenes la imaginación, ahí están las ideas osadas que muchas veces valen la pena". También demostró su generosidad

Mario Gaviria era enormemente generoso a la hora de escuchar y pensar sobre lo que se le proponía, aunque no lo compartiera

al abrir las puertas de temas de investigación que él consideraba ya cerrados y que para uno son motivo de obsesión presente: la producción del espacio urbano, el derecho a la ciudad, la arquitectura del placer... todo lo cual remite inevitablemente a su maestro, el sociólogo y filósofo Henri Lefebvre. Esta vuelta a temas *del pasado* permite constatar su gran intuición en cantidad de planteamientos prospectivos sobre los que décadas después se le debe dar la razón (como en el riesgo de deterioro de la vida en las ciudades si no se logra proteger la densidad y la compacidad urbanas así como la mezcla de usos y clases). Como él reconocía, esa intuición no era infalible y había errado en algunas previsiones o propuestas (habiéndose quedado corto en unos casos y habiéndose pasado en otros). Sin embargo, ello no le alejaba de su optimismo militante. Hasta sus últimos días, dentro de su pesimismo personal, sus *elucubraciones* se dirigían a pensar en las posibilidades de una sociedad que supiera disfrutar de la vida, que pudiera trabajar menos, que fuera energéticamente autosuficiente y que defendiera la igualdad y diversidad así como el bienestar adquiridos y los generalizara a aquellas personas más desfavorecidas, en definitiva, seguía pensando en una sociedad más justa, la cual debía también ser una sociedad más gozosa. Gracias siempre por ello Mario. ●

El autor es profesor de Sociología de la UPNA, amigo y discípulo de Mario Gaviria